

Por lo demás, ya lo hemos indicado, cualquiera que se halle aunque solo sea someramente enterado de las consideraciones que de todos los monarcas españoles ha merecido el monasterio de Cardena desde que se hizo depósito de mártires y tumba del Cid y su familia, se imaginará un edificio suntuoso, cual corresponde al grado de nobleza que entre todos los de su orden le distinguen. Nada de esto. Monje se contenta con hacer de él esta ligera descripción:

«Desprovisto de adornos artísticos, solo se advierte en el frontispicio central una imagen ecuestre del Cid, las armas de Castilla y de Leon, y unos rostros esculpidos al lado de los blasones de Cardena. Las efigies del Campeador, la de Don Alonso III, el ámbito y embovedado de la iglesia como obras del siglo XV, mas que todo las dimensiones gigantescas de los numerosos departamentos que comprende el monasterio en general, ocupan la atencion y la recrean, pero sin mostrarnos otros vestigios de su primera fábrica que unas columnillas (dignas por ello de estudiarse) empotradas á la pared perteneciente al claustro de los mártires. El ornato de los sepulcros reunidos en la capilla de San Sisebuto es de mal gusto. Designa cada cual de ellos una lámina colocada simétricamente en la pared, que contiene además del epitafio, las armas de la persona que allí yace. Aislado en el centro se ve el lucillo del Cid desmantelado y vacío por haber sido últimamente exhumados sus venerables despojos!»

Este monasterio yace hoy abandonado. Este religioso asilo tan nombrado en nuestras leyendas, tan famoso en nuestros populares cantos, tan acreedor á los recuerdos de todos los hombres pensadores, tan respetable por sus títulos de gloria, muestra en el día las evidentes señales de la inclemencia del tiempo y de la mano de los hombres. Aislado en los páramos de Castilla, se va desmoronando como un sueño, como si le hubiesen marcado con el sello de una eterna maldición.

El día que caiga su última piedra se habrá borrado de nuestras páginas de oro una de nuestras glorias!

IV.

LOS BENEDICTINOS.

Ya en lo que llevamos de esta obra hemos tropezado varias veces con monasterios pertenecientes á esta orden ilustre por varios conceptos.

Hora es pues de que digamos algo de ella.

Escritores imparciales, se lo debemos á los recuerdos gloriosos que nos ha dejado, á las huellas imborrables que han impreso los discípulos de San Benito en la arena del catolicismo, á los servicios considerables que ha hecho á la Iglesia, á la lucha que cara á cara ha sostenido con la heregía batiéndola ante sí de provincia en provincia, como se va arrojando á un enemigo de fortaleza en fortaleza, á la espontaneidad y grandeza, en fin, con que convirtió un día sus monasterios en museos y bibliotecas para dar asilo á las ciencias y á las artes que amedrentadas huían de los campos de batalla.

Pero, antes de entrar de lleno á hojear las páginas de su historia, diremos algo de su fundador San Benito.

La vida de este santo no es una leyenda como la del carmelita de Calabria, no es un poema como la del cartujo Bruno, no es un drama como la del ascético Rancé, es una poesía, una larga y continuada poesía, bella como un canto de Milton, admirable y simpática como uno de los salmos que cantaban los de-terrados de Babilonia á la sombra de los sauces.

A últimos del siglo V y en Nursia, es decir en medio de ese verjel que se llama Italia, nacia un niño al que, como idea de buen agüero y felicidad, po-

nian por nombre *Benedictus*. Desde su infancia empezó á mostrar su deseo de soledad, de aislamiento. Sus grandes ojos se inclinaban pensativos ó se alzaban inteligentes al cielo, su frente se arrugaba como si allí hirviera un pensamiento próximo á nacer, su carácter melancólico le impelia en busca del silencio de los bosques. Era que su corazón de niño le revelaba ya su porvenir de asceta, era que su alma poética le preparaba ya para su entusiasmo cristiano.

Pertenecía á la familia Aricia, una de las casas mas ilustres cuyas glorias celebró Claudiano. Sus padres dispusieron enviarle á Roma para sus estudios.

Atravesaba entonces el mundo por una de sus mas terribles crisis. Era la época de los grandes trastornos de Italia en que el viejo imperio romano caía con estrépito sumergiéndose en un lago de sangre donde comenzaban á reflejar los rayos de una nueva aurora. Los Herúleos y los Ostrogodos se jugaban á Roma sirviéndoles de tapete el manchado manto de sus Césares; abriendo surcos profundos en el mundo como el arado en los campos, los ejércitos bárbaros atravesaban la tierra prendiendo fuego á las ciudades para iluminar su marcha, pasando poblaciones enteras á cuchillo y destruyendo bajo las ruedas de sus carros los restos informes de la vetusta civilización romana.

Benito comprendió que un diluvio de sangre caía sobre el mundo, comprendió que él podía ser una de las semillas conservadas para producir los frutos de otra generación y, nuevo Noé, tendió á todas partes la vista para buscar el arca que debía cobijarle. Entonces vió elevarse en el horizonte los picachos informes y estenderse á sus piés los rudos páramos de Sublac. A ellos se dirige Benito. Sublac será su arca. Allí es donde nacen las aguas que los romanos condujeron á su capital por maravillosos acueductos; allí es donde nacerán las ideas que como rios de gracia y salud bajarán á fecundizar el mundo.

Benito escoje para morada una gruta pequeña, baja, inaccesible casi á todos los hombres, cortada por la naturaleza en el hueco de una roca.

Allí, vestido de pieles, sufrió el hambre, sufrió la sed, sufrió el frío, y tuvo que luchar abiertamente con el demonio que día y noche le mostraba una seductora criatura, una bella y voluptuosa cortesana que un día viera en Roma. Su imagen se habia impreso de tal modo en su mente y tan lánguida y coquetamente le incitaban al pecado los ojos suplicantes é incitadores de la visión, que con objeto de defenderse y resistirse, tuvo que revolcarse desnudo por un lecho de espinas para que el dolor del cuerpo manando sangre ahogara el dolor del alma brotando fuego.



El momento de la muerte de y noble varón castellan. scripsit.

man por nombre *Benedictus*. Desde su infancia empezó á mostrar su deseo de soledad, de aislamiento. Sus grandes ojos se inclinaban pensativos ó se alzaban inteligentes al cielo, su frente se arrugaba como si allí hirviera un pensamiento próximo á nacer, su carácter melancólico le llevaba en busca del silencio de las montañas. Era que su corazón de niño le suscitaba ya su porvenir de asceta, era que su alma poética le preparaba ya para su entusiasmo cristiano.

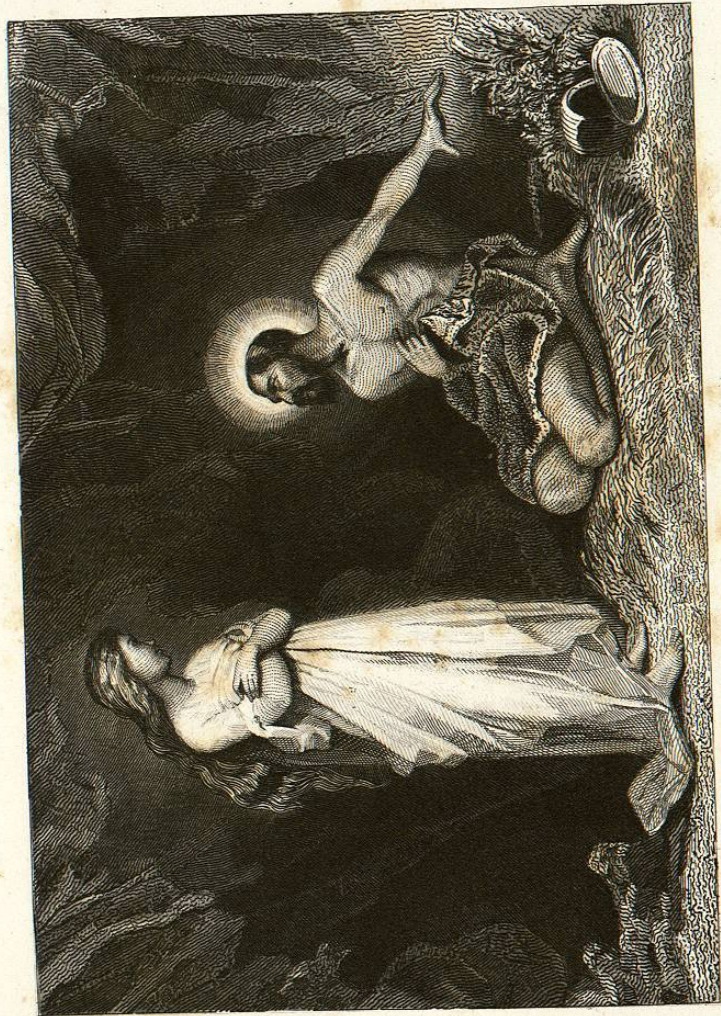
Pertenecía á la familia Aricia, una de las casas más ilustres cuyas glorias celebró Claudiano. Sus padres dispusieron enviarle á Roma para sus estudios.

Atravesaba entonces el mundo por una de sus más terribles crisis. Era la época de las grandes trastornos de Italia en que el rugo imperio romano caía con estrépito suscoronado en un lago de sangre donde comenzaban á reflejar los rayos de sus nuevas espadas. Los bárbaros y los caudillos se jugaban á Roma el trono de los emperadores, las ruinas de los Césares; abriendo surcos profundos en el mundo, como el arado en los campos, los ejércitos bárbaros atravesaban la tierra prorrumpiendo los montes para sumir en su marcha, pasando por encima de las ruinas y de las cenizas, las ruinas de sus carros los restos informes de la vetusta civilización romana.

Benito comprendió que un diluvio de sangre caía sobre el mundo, comprendió que el podía ser una de las semillas conservadas para producir los frutos de otra generación y, nuevo Noé, tendió á todas partes la vista para buscar el arca que debía cobijarle. Entonces vio elevarse en el horizonte los picachos informes y estendersé á sus piés los ruidos y ramos de Sublao. A ellos se dirige Benito. Sublao será su arca. Allí es donde nacen las aguas que los romanos condujeron á su capital por maravillosos acueductos; allí es donde nacerán las ideas que como rios de gracia y salud bajarán á fecundar el mundo.

Benito se gu para morada una gruta pequeña, baja, inaccesible casi á los hombres, rodeada por la naturaleza en el hueco de una roca.

Benito sufrió el hambre, sufrió la sed, sufrió el frío, y tuvo que luchar con el demonio que día y noche le mostraba una seductora y voluptuosa cortesana que un día viera en Roma. Benito se hallaba tan débil y tan lánguida y coqueamente le mostraban á los suplicantes é incitadores de la vision, tuvo que revolcarse desnudo por un camino de sangre que el cuerpo manando sangre ahogara el do-



El demonio le mostraba día y noche una seductora criatura.

Es toda una vida de prueba y de lucha la de Benito.

Entre Sublac, este páramo infeliz donde no resonaban mas voces que los ruidos horribles de las fieras, y Tivoli, este valle tan delicioso como su nombre, habia un monasterio que noticioso de la santidad de Benito, deseó ardientemente tenerle por abad. Presentáronse á él los monges, y tanto le instaron que accedió á ello. Benito halló que reinaba solo la relajacion y el libertinage en el monasterio; introdujo pues una severa reforma, y como quisiese llevarla á cabo con toda la energía y rigidez de una conciencia pura, los monges se cansaron de su reformador é intentaron envenenarle.

Benito volvió á su vida de ermitaño, á su primera soledad, pero no tardó en ser aquel un lugar habitado. Sus virtudes, su fama, y sus milagros le atraian continuas visitas. Muchos nobles romanos, muchos poderosos de la tierra, desalentados al ver el triste porvenir que se les ofrecia, corrían presurosos á abrazar la cruz, decididos á formar parte del ejército de cristianos y pacíficos conquistadores que se reunían en los páramos de Sublac. Hasta doce monasterios llegó á construir Benito en el desierto, á saber: el de la Santa Gruta, el de San Cosme y San Damian, despues de Santa Escolástica; el de San Ángel junto al lago; el de Santa María, despues de San Lorenzo; el de San Gerónimo; el de San Juan Bautista, despues de San Juan de las aguas; el de San Clemente, mas allá del lago; el de San Roman; el de San Miguel Arcángel, el de San Victorino; el de San Andrés y el de la vida Eterna, despues Valle Santo. Sin embargo, todos estos monasterios, á escepcion de los dos primeros, fueron posteriormente reduciéndose hasta quedar convertidos en simples oratorios y algunos en ruínas.

Benito puso en cada uno de estos monasterios doce religiosos con un superior, sobre los cuales conservó siempre una entera autoridad. En la distribucion que hizo de sus discípulos, quedóse algunos con él, siendo los dos mas ilustres Maurc y Plácido, hijos de dos senadores romanos. Empezaba allí á ensayar con buenos resultados las ideas é instituciones en que debia basar la vida monástica, cuando un monge llamado Florencio se le insurreccionó y no contento con propalar calumnias contra el digno varon, hizo entrar siete mugeres desnudas en el huerto de su monasterio para seducir á sus religiosos y hasta le envió un pan envenenado.

Benito con aquella resignacion que participa de la sublimidad en ciertos casos, con la fé, que solo puede inspirar una conciencia tranquila que guarda en su interior las creencias como guarda el oro vírgen una mina no descubierta, Benito levantó los ojos al cielo, tomó su baston de eremita y par-